

El reto de la novela de género

Carme Riera

Me propuse escribir una novela negra como un reto personal. Me apetecía tratar de demostrarme a mí misma que era capaz de adentrarme en ese género y salir airoso. Pero para ello, antes de empezar a escribir comencé por leer a los autores consagrados, también a otros por consagrar, tanto nacionales como internacionales. Necesitaba aprender las reglas y los trucos y nada mejor que hacerlo con los maestros, cuyos nombres omito porque la lista sería interminable.

Mientras iba leyendo me daba cuenta de las exigencias que comporta el género al que no era nada aficionada, tal vez porque lo consideraba un mero pasatiempo a la altura de los crucigramas y al que apenas me había asomado, y cuando lo había hecho, de adolescente, me había limitado a las obras de Agatha Christie. Sin embargo, a mi entender, las novelas de esta autora no son precisamente negras sino policíacas ya que se basan en la búsqueda del asesino y aunque a menudo, gracias a la estupenda intuición de miss Marple, lleguemos a desentrañar los móviles del crimen, descartando uno por uno a los presuntos implicados, Christie se queda ahí y no profundiza más. Por eso, tras releerla, descarté a doña Agatha porque lo que a mí realmente me interesaba era crear no solo una trama policíaca sino ir más allá y mostrar las relaciones que esa trama tiene con la sociedad y como a menudo los aspectos oscuros o corruptos de la realidad subyacen a los motivos de los criminales. De ahí, por ejemplo, que las propuestas de Donna Leon o de Enning Mankell –por citar a dos autores famosos, a los que descubrí durante mi perio-

Carme Riera: *Naturaleza casi muerta*. Alfaguara. Madrid, 2012.

do de aprendizaje— me interesaran más. Leon y Mankell, en cada una de sus novelas, denuncian un determinada situación y suelen meter el dedo en el ojo de la realidad, aunque entre sí el comisario Brunetti y el detective Wallander no tengan mucho que ver.

Así que cuando me puse manos a la obra, pude hacerlo con conocimiento de causa y teniendo claro que en la novela negra hay una serie de reglas que uno no puede saltarse porque si se las salta ya no está escribiendo novela negra. Entre esas reglas, la principal es conseguir que la trama funcione dosificando, en la medida de lo posible, las pistas, sin dar gato por liebre, guardando los conejos en la chistera sin sacarlos jamás, manteniendo a la vez la intriga al cien por cien, sin despistarnos y tratando, en cambio, de despistar al lector para conducirlo hasta el final, prendido en las mallas del relato, sin que adivine cómo va a acabar pero sin engañarle nunca.

Quiero decir con eso que en la novela negra, quizá más que en cualquier otro tipo de novela, no se puede dejar ningún cabo suelto y eso requiere una gran pericia y un gran ejercicio de contención, que no sé si he sido capaz de conseguir en *Naturaleza casi muerta*. De ahí que, al terminar de escribirla, pensé en que no volvería a repetir semejante experiencia nunca más. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan segura, puesto que he hecho buenas migas —aunque ninguna de las dos cocinemos— con la subinspectora Manuela Vázquez, bautizada con ese nombre para homenajear al creador de Pepe Carvalho, probablemente el detective más famoso de la literatura en lengua castellana y guiñarle el ojo a Andrea Camillieri, el padre del comisario Montalbano, que toma su nombre de Montalbán, segundo apellido de Manuel Vázquez.

Por otro lado, el acontecimiento del que parte *Naturaleza casi muerta*, tiene que ver con un hecho real, la desaparición del estudiante francés Romain Lannuzel, estudiante Erasmus de la Universidad Autónoma de Barcelona, en la que trabajo, ocurrida en noviembre del 2007. Desde entonces nadie ha vuelto a saber nada de él. Por consideración a Romain y a su familia, no quise fabular sobre su caso, de manera que me inventé otro, la desaparición del rumano Costantinu Iliescu, también estudiante Erasmus en mi

universidad. Elegí un rumano porque uno de los aspectos sobre los que quería llamar la atención era el de la xenofobia, tan actual, y también por mi simpatía por Rumanía, un país manchado por la dictadura de Ceausescu, y más concretamente aún, por el afecto que siento por mi traductora al rumano, Jana Matei.

Situar la novela en un lugar muy conocido como es la Universidad Autónoma me permitía, en primer lugar, incorporar al género negro el tema de la novela de campus tan tratado en la literatura anglosajona y, en cambio muy poco por estos pagos y, en segundo lugar, por no tener que documentarme, como tuve que hacer para poder escribir otras novelas. Por ejemplo, antes de empezar *En el último azul*, me pasé cinco años revolviendo archivos inquisitoriales. La cercanía al medio y al ambiente, la facilidad con que podía referirme al mundo universitario que conozco bien, no en vano llevo toda mi vida ya bastante larga en la enseñanza, me permitía también ser crítica con esa realidad y observar sus contradicciones. Considero que la enseñanza sigue siendo la gran asignatura pendiente de nuestra democracia y por eso me apetecía tratar de la «negrura» de la cuestión ©

